

# Talento innato

Destacaba entre el numeroso público que nutría la platea como un cuervo en una nevada. Sobrio, vestido con unos sencillos vaqueros, camisa gris abotonada hasta el cuello y un sombrero oscuro, bajo el que se velaba una mirada frontal y centelleante, me miraba con una media sonrisa gélida y pétrea, como si estuviera esculpida en aquel rostro enjuto y pálido, de mejillas marmóreas. Llevaba diez años sin verle. Diez años sin recordarle y, sin embargo, en aquel preciso momento, segundos después de que las luces se encendieran y diera comienzo la firma de libros de mi nueva obra, tras haber disertado distendido sobre ella durante más de una hora, recordé perfectamente el momento en que lo conocí y cómo fue la conversación y lo que de ella derivó. Incluso me sonrojé avergonzado por haberle olvidado y, principalmente, por haber relegado a ese mismo olvido lo que había conllevado su primera aparición en mi vida y lo acaecido desde aquel momento.

Con pulso tembloroso, a duras penas garabateé mi primera dedicatoria en el libro que me puso delante una joven de no más de veinte, quizá veintidós años, que me miraba embelesada desde ese punto remoto, a pesar de la escasa distancia, desde el que los mortales admiran a los ídolos ante los que doblan el espinazo. Ni siquiera soy capaz de recordar qué fue lo que le escribí con letra ilegible a aquella joven y sin duda enamorada lectora, toda mi atención se centraba en exclusividad en aquel extraño hombre —ya me pareció extraño, sin duda, la primera vez— y como parecía ajeno a todo cuanto sucedía a su alrededor. Tan solo me miraba, sonriente, con las dos manos dispuestas sobre las

rodillas, una cruzada sobre la otra. Esperando cuanto fuera necesario antes de presentarse y reclamar lo que, a todas luces, era suyo.

Diez años atrás yo era un escritor mediocre que sobrevivía como corresponsal para un periódico de segunda, encargándome de documentar todas las festividades rurales que se daban a lo largo y ancho de la región. Un trabajo tedioso y deprimente, por más que mis días de verano se dieran en localidades donde la danza y los bailes regionales, se regaban con excelentes vinos y no menos succulentas comidas. Convites en los que era agasajado por organizadores y alcaldes, todo fuera por conseguir de mi pluma un buen reportaje, que sirviera como reclamo turístico para las siguientes fiestas populares. Una labor que abordaba con apatía y en la que ejercía de mero mecanógrafo, elaborando extensas reseñas que a mi jefe le ocupaban un buen puñado de columnas, al alcalde de turno satisfacían por completo y a mí me garantizaba un mes más de salario.

Más allá de mi labor como reportero del jolgorio rural, todos mis intentos por tratar de escribir una novela que mereciera el mínimo interés por ser publicada se habían saldado con solmenes fracasos. Circunstancia, esta última, a la que me había acostumbrado como el caracol se habitúa a arrastrar su carga o el perro al tirón de la correa. Fracasos, no obstante, que adquirirían aún mayor dimensión comparándolos al éxito que atesoraba Elisa, la mujer que, quién sabe por qué extrañas razones, había hecho de alguien como yo su novio y más tarde su esposo. Ella, que había comenzado como auxiliar administrativo en una gestora, con el transcurso de los años, muchas horas de estudio y un tesón envidiable, había pasado de ser la auxiliar de la gestora a una reputada abogada, que solía contratar de vez en cuando los servicios de sus antiguos jefes, solo para poder regodearse y recordarles las mil horas que había sido puteada durante sus inicios en su despacho.

La situación entre ambos no tenía parangón posible. Mientras ella seguía creciendo, siendo la elegida para casos cada vez más complicados y de mayor repercusión, yo me veía detallando la fiesta de la coliflor de Burrillas del Carajo o el concurso de pimientos con forma de nube de Villa Descalabro de Arriba. La vida no era justa. Y mucho menos si era comparada entre ambos. Puede que fuera por eso

que sucumbí a la oferta de aquel hombre que cuando acercó a mí, mientras yo, distraído, dejaba caer en el maletero de mi coche la grabadora, la cámara de fotos y el estuche de vino junto a la cesta de productos típicos de Torrontero del Monte, con los que la alcaldesa había tratado de asegurarse una buena reseña de sus fiestas populares, que hubiera obtenido de todas formas, tal era mi desidia.

—Señor Palomero, un verdadero placer —dijo una voz letárgica y profunda, como de profesor de filosofía, consiguiendo que me estremeciera y me sentara de golpe, girándome en el aire, sobre la bolsita de higos secos que coronaba la cesta de mimbre, obsequio del consistorio.

—¡Me cago en la hostia! ¡Joder, qué susto! —exclamé sin recato, llevándome, quizá demasiado teatralmente, la mano al pecho.

—Siento haberle asustado. No era, en absoluto, mi intención —replicó el hombre con una serenidad que trascendía de lo natural. Mirarle era como contemplar una estatua de alabastro que, súbitamente, hubiera cobrado vida y se moviera de una forma tan lenta y armoniosa, que más bien pareciera estar observando una serie de fotografías pasadas a gran velocidad.

—¿Le conozco? —pregunté por cortesía, pues sabía que no era así. Aquel hombre, de edad, procedencia y acento indescifrables, poseía esa extraña característica de quienes poseen un aspecto inolvidable a pesar de su aparente intrascendencia.

Ya por aquel entonces vestía vaqueros, camisa gris abotonada hasta el cuello y un sombrero oscuro de ala ancha. Las dos manos, con los dedos cruzados sobre el vientre, dotaban al conjunto de cierto halo de sobriedad y sabiduría.

—Aún no, pero le prometo que voy a ser la persona más importante de su vida —replicó, poniendo especial énfasis al pronunciar «persona», como si no hubiera querido dejar margen para la duda—. Pues, señor Palomero, le aseguro que, si así lo desea, su vida desde hoy puede cambiar. Puedo hacer que logre todo aquello que anhela.

Sonreí. Sin lugar a dudas se trataba de uno de esos locos que me encontraba en todos y cada uno de los pueblos perdidos que visitaba por mi insustancial trabajo. Individuos a los que la soledad les había

dentelleado la cordura y que afirmaban haber sido testigos de apariciones marianas, llegadas entre trigales de algún ovni o haber presenciado partos de becerros con tres cabezas, de las que, cómo no, no se guardaba ningún documento gráfico o pruebas materiales.

Giré sobre mí mismo y me dispuse a ordenar el interior del maletero, mientras sentía como aquel hombre daba un paso más hacia mí. No debía estar a menos de un par de metros y aun así sentí su aliento sobre la nuca. Un aliento frío y prolongado, empero, que consiguió que un escalofrío demudado en serpiente eléctrica me recorriera la columna vertebral. Volví a girarme y lo encontré en la misma posición, siquiera un paso adelantado; el mismo fotograma, tan solo unos centímetros más cerca. La sensación gélida de mi espalda se acentuó.

—¿Ha dicho que se llama?

El desgarró de navaja que lucía por sonrisa se amplió.

—Eso no es importante en absoluto —respondió, desenlazando sus manos para negar en el aire con un movimiento lento de su índice zurdo—. Lo importante es que usted, señor Palomero...

—Roberto —le interrumpí.

—Por supuesto —aceptó él—. Lo importante es que usted, Roberto, no es una persona feliz, no lo es en absoluto. Podría serlo, cómo no, tiene una mujer maravillosa, una predisposición para el éxito y una constancia, de verdad, envidiable. Pero le falta algo, cierto toque de talento, una pizca, y una gran dosis de suerte. Es todo lo necesario para que alcance lo que quiere. Le aseguro que si hoy, ahora, nuestras manos se estrechan en un acuerdo, usted se convertirá en un autor de éxito. No lo dude. Le doy mi palabra.

—¿Trabaja para alguna editorial que yo conozca? Le advierto que ya he recibido ofertas de muchas editoriales pequeñas, de provincia, que lo único que quieren es sacar los cuartos a los amigos y familiares del escritor de turno, por muy mediocre que sea su obra. Si es eso, no me interesa.

El hombre sonreía ya de forma abierta. Mostraba la satisfacción de quien ha colocado una trampa y ve a la presa en el centro del artilugio, esperando a que el resorte la atrape.

—De ningún modo. Yo solo ofrezco talento y suerte, sin más —resolvió—. Pero, claro, exijo algo a cambio.

—¿El qué? —le pregunté entre divertido e intrigado, entregándome al juego de aquel enigmático personaje.

—Durante diez años tendrá lo que siempre ha querido, todo lo que escriba se convertirá en un éxito, las editoriales se pegarán por tenerle y será, porque así lo quiere, un escritor como esos que admira cada vez que lee una buena reseña literaria —enumeró con tal soltura y determinación que resultaba del todo imposible que mintiera—. Cerraremos el trato, desapareceré y en cinco minutos me habrá olvidado completamente. Sin embargo, cuando se cumplan diez años regresaré y tendrá que elegir a una de las personas que le acompañen en ese momento. Solo eso. Tendrá que elegir a una persona.

—¿Y qué le sucederá a esa persona?

La pregunta la realicé completamente convencido de que aquel hombre decía la verdad. La situación hacía unas frases que había dejado de ser divertida, para adquirir el cariz de trascendental.

—Morirá —respondió lacónico.

—¿Morirá?

—Así es. Tocaré su hombro y unos segundos después su corazón dejará de latir. Así, sin más, sin un solo momento de dolor ni angustia, ni siquiera unos minutos de estertores, nada, una muerte rápida e indolora.

Decía la verdad. Decía la puñetera verdad. No sabría decir por qué lo supe, pero era así.

—Y para que eso ocurra, para que todo cuanto desea suceda, tan solo tiene que estrechar mi mano —dijo, alargando la mano de dedos largos y estrechos, como sarmientos de una cepa centenaria.

Podría decir que dudé, que me asaltaron mil posibilidades, a cada cual más terrible, sobre lo que podría llegar a suceder en diez años, pero no fue así. Diez años, una década, sonaba a tiempo suficiente como para que el éxito mitigara los posibles remordimientos que más tarde se dieran. Además, me había dicho que en unos minutos no sería capaz de recordarle. Alargué mi mano y apreté la suya

con moderada fuerza. Él hizo lo propio, apresando mi mano entre sus dedos. Había creído que tendría la piel fría, como el aliento que me había electricado la espalda, pero no fue así, era cálida, como si dentro de su piel ardiera todo el fuego del infierno. Quién sabe. Puede que así fuera.

Cuando nuestras manos se separaron, con el mismo sigilo con el que había llegado se fue y yo continué repartiendo por el interior del maletero mis cosas, con calma. Para cuando monté en el coche y lo arranqué ya había olvidado todo lo referente al pacto realizado con aquel hombre y la futura consecuencia de nuestro acuerdo. Tan solo una idea rondaba mi cabeza, una nueva historia a la que me encomendaría en el preciso momento en que llegara a casa, concluyese el artículo sobre las fiestas de turno y llamara a mi jefe, para decirle que se metiera el trabajo por el culo. Así, sin más. Lo había decidido.

Y diez años después ahí estaba y yo recordaba nuevamente lo que había olvidado durante toda esa década. No lo recordé cuando mi primera obra fue el éxito sorpresa del año, ni cuando las siguientes me encumbraron como uno de los autores de referencia en el mercado hispanohablante, ni siquiera cuando se adaptaron al cine tres de mis obras, ni cuando me convertí en columnista de opinión en el diario de mayor tirada. No, en ninguno de esos momentos recordé el pacto y el lapso acordado. Un tiempo que había sido finiquitado y con el cual debía cumplir sin dilación.

Se levantó cuando concluyó la firma de libros y apenas dos docenas de personas, todos conocidos u organizadores de la charla, continuaban en el auditorio, incluyendo a mi mujer, que disertaba divertida con una lectora que la había reconocido, después de su rostro hubiera cobrado cierta fama, tras su defensa en uno de los juicios que más polvareda mediática habían levantado en los últimos meses.

—Sé que se acuerda de mí —dijo a modo de saludo, cuando alcanzó mi posición en lo alto del escenario donde había firmado los libros, y que en ese momento lo asemejó a un cadalso.

—Sí, claro que le recuerdo. Aunque no lo había hecho en todo este tiempo —admití.

—Claro, ese era el trato. Pero no todo el trato, falta algo y lo sabe.

—¿Y qué me sucederá a partir de hoy? ¿Qué será de mí?

—Volverá usted a tener lo que tenía antes de nuestro pacto.

—¿Perderé mi talento y mi suerte?

El hombre se encogió de hombros.

—No se preocupe, Roberto. Ha alcanzado usted una fama que hará que sus siguientes libros se sigan vendiendo ya solo por el nombre de la portada —dijo con calma.

—Aunque sean una solemne mierda —asentí en un bisbiseo.

—Siempre tiene la opción de una nueva prórroga —ofreció.

—¿Otros diez años? —pregunté, tratando de contener una emoción que me desbarataba.

Él asintió con la cabeza.

—Primero debe elegir a alguien entre los que hoy le acompañan aquí. Después, volvemos a estrechar nuestras manos y nos vemos dentro de una década. Por supuesto, volverá a olvidar todo esto, incluyéndome a mí mismo, en apenas unos minutos. Solo me recordará cuando vuelva a verme.

—¿Y usted volverá a estar como está ahora? En estos años no ha cambiado nada, no ha envejecido, ni siquiera lo ha hecho su ropa.

Su sonrisa se diluyó lentamente, como azúcar en agua fría.

—Eso no es asunto suyo, señor Palomero —atajó, volviendo a tratarme como hacía diez años le había pedido que no hiciera.

—Alonso Martínez, el anciano que está sentado en la tercera fila. Tiene setenta y seis años, es viudo y sus hijos no le hablan. No creo que sea una gran pérdida, la verdad —respondí, alargando la mano para que él la estrechara en la prolongación del acuerdo establecido hacía una década.

El hombre —si es que es lo que era— miró hacia Alonso, sonrió con una curvatura de labios apenas intuida y estrechó mi mano durante unos breves segundos.

—Le desee suerte para dentro de diez años, señor Palomero, no siempre las circunstancias para la elección son tan sencillas ni tan amplias —respondió, a modo de despedida.

Descendió los peldaños que se precipitaban desde el escenario hasta la platea de butacas y, al pasar junto al soñoliento Alonso, erudito habitual de muchas de mis conferencias, le tocó levemente el hombro. Unos segundos después Alonso cabeceó hacia un lado y muchos de los que allí se hallaban creyeron que se encontraba dando una de las habituales cabezadas, con las que, aderezadas con leves ronquidos, solía amenizar muchas de las charlas.

Cuando, unos minutos después, una joven que fue a despertarlo gritó aterrada al descubrir su condición de cadáver, me impactó el hecho de que Alonso hubiera muerto. En ningún momento, en todas las numerosas conversaciones que manteníamos, me había dicho que estuviera enfermo o sufriera ningún tipo de dolencia.

Mis libros continuaron cosechando éxitos sin parangón, las editoriales me ofrecían sus premios más prestigiosos, incluso logré que Elisa publicara varios libros sobre Derecho con mi editorial, que obtuvieron cierta notoriedad en el mundillo abogadil. Ya poco o nada quedaba en mí de aquel joven que odiaba su existencia y maldecía el tener que ir de pueblo en pueblo, detallando las fiestas patronales, soportando tediosas misas en favor de uno u otro patrón, o degustando —es un decir— platos típicos del pueblo en concreto, que en ocasiones eran aborrecibles.

Sin embargo, todo dio un vuelco cuando, un atardecer estando en casa, Elisa abrió la puerta después de que el timbre sonara con insistencia y él entró en el salón, mientras yo jugaba sobre la alfombra con Ginés, y Sofía, mi hija mayor, leía un cuento infantil en el sofá.

Obviamente, le recordé y recordé nuestro pacto. ¡Dios mío! ¡¿Ya habían pasado diez años?! No me lo parecía, pero cómo baremar el tiempo cuando sentimos la plenitud como estado habitual y el fracaso no logra emponzoñar y ralentizar el día a día.

Repentinamente me sorprendí valorando las escasas posibilidades que se me daban en aquel instante, comparadas con el amplio abanico con el que había contado en su anterior visita. Mis hijos, no podía hacer eso a mis hijos. No, no podía. La opción resultaba evidente. Era dolorosamente cruel, pero era la única candidatura válida. Lloraría, y mucho, pero aún más si a quien perdiera fuera a uno de mis

hijos. Elisa no le merecía, estaba en el cenit de su carrera, hacía años que su bufete no perdía un caso, era una madre fabulosa, una mujer encantadora, una amante formidable, pero tenía que ser ella... no había otra elección posible.

Él se acercó a mí y yo me alcé, quedando los dos frente a frente.

—Sé que me recuerdas —me dijo, con aquella voz cavernosa y letárgica.

Asentí con la cabeza y, antes de que pudiera abrir la boca para deletrear el nombre de mi mujer, alargó su mano y tocó mi hombro con ella. Repentinamente, un calor seco se extendió desde mi hombro por el resto del cuerpo, mientras un torpor, como de hibernación, me nublaba la vista. Confundido, mientras el hombre se alejaba y salía de mi piso, caminé hasta el dormitorio y me tendí sobre la cama exhausto, experimentando una pesadez de párpados cada vez mayor. Lo último que pude ver fue a Elisa, llorando con el hombro recostado sobre el marco de la puerta. Si hubiera tenido fuerzas le hubiera deseado suerte, pero no era necesario, estaba plenamente convencido de que la iba a tener.